



autografía

Ibrahim Pérez
Hernández

UN
ESCRITOR
LLAMADO
PACO

PRÓLOGO

Tras Un vasco en Benahoare (septiembre de 2018) y Yeray Albizu, el palmero que traspasó fronteras (agosto de 2019) llega Un escritor llamado Paco. Las circunstancias convulsas de la primavera de 2020 propiciaron esta obra en la que un escritor aficionado como yo profundiza en la interioridad de un profesional de la literatura que pasa por un momento existencial delicado y trata de reengancharse a la vida a partir de la ficción.

Es evidente que muchas personas frecuentemente no disfrutan de lo que tienen sino que se proponen continuos retos que les impiden disfrutar de sus logros y buscar unos objetivos que no se dan cuenta que ya alguna vez han alcanzado. Los golpes y las sacudidas de la realidad les hacen reaccionar y valorar cuestiones a las que no han sabido dar la importancia adecuada cuando las han tenido. Me retrotraigo hasta la cultura clásica para valorar nuestra filosofía de vida llena de ambiciones que a menudo no reportan la felicidad e impiden valorar la tranquilidad, los pequeños detalles, nuestra paz espiritual.

Paco bucea en diferentes mundos y compañías hasta lograrla. No debe ser fácil la profesión de escritor, pendiente de escrutinios y modas en una sociedad llena de egos y repleta de zancadillas para llegar a ciertas metas. El perfil del protagonista responde a ese modelo de intelectual distante y con cierto aire de vanagloria, pero no deja de ser una coraza con la que se protege de una sociedad con la que no acaba de encontrarse. La insularidad refuerza este aislamiento que muchas veces le hace cuestionarse su forma de vida y sus planteamientos.

A partir de este contexto se analiza el denostado mundo de la política, consciente de que la ciudadanía tiene dificultades para apreciar el trabajo, la honradez y la cercanía de los políticos; también se evidencia la falta de avances culturales y educativos, materias que priorizan muchos programas de los gobernantes, pero que no acaban de alcanzar la velocidad y el calado adecuado en la población, más pendiente muchas veces de brindis y agasajos que del saber que le permita cualificarse.

La empatía y las relaciones sentimentales vuelven a resultar fundamentales en esta novela para que los personajes tengan un día a día feliz y luchen por alcanzar sus objetivos con unos vaivenes que no siempre responden a la lógica sino a los instintos vitales.

Lo mejor de ellos es la cercanía y autenticidad que transmiten; la conciencia de que se equivocan y que a partir de esos errores tienen que avanzar y seguir adelante en una vida que los pone a prueba continuamente, pero en la que tenemos dotes para poder sobrevivir con holgura si no nos dejamos arrastrar por las bajas pasiones o por la egolatría.

Quizás, no es casual que esa capacidad de pelea, de reinvención haya llegado en un período de confinamiento que la propiciaba.

I

Los días se sucedían sin que se abriese su inspiración y ello se reflejaba en su carácter, cada vez más agrio. Su poca productividad lo hacía infeliz y lo enfrentaba al mundo. No podía quejarse de lo que este le había dado. Hasta ahora subsistía con su profesión, aunque la realidad era que su esposa era el principal soporte de la economía familiar, también contaba de producirse alguna situación extrema con un colchón dinerario proporcionado por lo que le quedaba de su herencia paterna.

Habían pasado ya muchos años desde que sus novelas tuviesen un gran éxito comercial y lo que había venido después no había respondido a sus fulgurantes inicios. Colaboraba con algún medio periodístico e impartía algunos talleres de escritura con los que obtenía unos pequeños ingresos que tampoco colmaban sus pretensiones.

En ese devenir descendente se había apartado de los corrillos sociales y cada vez se refugiaba más en el aislamiento. Ello le originaba algunos problemas familiares, puesto que su mujer era muy proclive a las salidas y a la vida extramuros. Menos

mal que con su hijo mantenía una corriente empática que los llevaba a hablar mucho y a compartir algunas aficiones como el ver juntos series de televisión.

Su físico se había resentido con el paso de los años, pero le daba un aura intelectual del que era consciente y que procuraba explotar, cuando la ocasión lo requería. Llevaba una pequeña melena desenfadada, vestía con desaliño burgués y paseaba su altura firme; con su americana de paño en cuyos bolsillos siempre depositaba alguna novela y su vaquero azul, protegido por unas gafas oscuras con las que intentaba pasar desapercibido.

Formaba una bonita pareja con Merche, la abogada de la que se había enamorado y con la que se había casado. Ella sí se sentía realizada, puesto que su exitosa carrera profesional colmaba sus expectativas. Con los años su relación no era tan fluida y cada vez parecían distanciarse más. Sin embargo, mantenían nexos de unión como su hijo, sus gustos o su activa vida sexual.

Paco Hernández conservaba su ascendencia en los reducidos ámbitos culturales locales, un tributo del que se creía merecedor por fijar su residencia allí, en su isla. Le daba muchas vueltas a las cosas y se cuestionaba si su obra hubiese tenido más recorrido fuera de Tenerife. Se supone que con los medios telemáticos actuales no tendría que ser así. Pero hasta el contacto con este mundillo cargado de egos le resultaba empalagoso y si lo cultivaba era más por su interés que por sentirse a gusto en él.

Lo cierto es que su novela *Nuevas fronteras sobre la inmigración* en un contexto hostil y una sociedad autocomplaciente